

diálogo entre católicos

UN católico posee la fe religiosa, que es un don de Dios, la cual le hace creer firmemente en la Iglesia. Pero eso no le da una patente individual de infalibilidad. Somos hombres falibles como todos los demás, y no siempre acertamos a exponer la verdad.

Esto lo olvidamos con demasiada frecuencia, porque transponemos inconscientemente la infalibilidad de la Iglesia a nuestros dichos particulares; de lo cual resultan dos males: el hacernos insufribles, a veces, a los que no son católicos, y el estigmatizar a otros fieles de la Iglesia que no piensan como nosotros en ciertos aspectos religiosos concretos. En vez de matizar nuestras afirmaciones, y entender de la mejor manera posible lo que dicen los otros católicos vamos «espionando la libertad», como criticaba San Pablo que hacían algunos cristianos en su tiempo.

La Iglesia, y el Papa, su cabeza, son infalibles cuando hablan oficial y definitivamente sobre materias de fe y costumbres, relacionadas con lo que Cristo reveló: pero cada uno de nosotros carecemos de ese privilegio al transmitir, explicar o aplicar esa doctrina. Y, por eso, podemos equivocarnos, si adoptamos cada uno una postura inquisidora y sin apelación.

Sólo a la Iglesia universal, Papa u obispos en comunión con él, le incumbe esta misión autoritativa de carácter definitivo; que, dicho sea de paso, siempre la ejerce la Jerarquía con parsimonia y parquedad.

POR eso, cuando un católico se extraña de que otro fiel de la Iglesia hable de distinta manera que él en materia religioso-moral, debía tener cuidado de proceder con un margen de comprensión amplísimo, al defender sus propias ideas. No debe tanto atacar a otros que tienen el mismo Credo, como exponer lo que él sinceramente piensa.

Monseñor Veuillot, y el propio cardenal-arzobispo de París, acaban de publicar una segunda nota oficial llamando la atención de los católicos, acerca del grave problema de desunión y de ataques sistemáticos de unos contra otros.

Ambos preladados advierten que algunos católicos franceses «lancian afirmaciones gratuitas y formulan acusaciones que hacen mella en el honor y en la fe de auténticos hijos de la Iglesia» de otros creyentes. Y lo peor es que demasiados fieles escuchan estas afirmaciones, las acogen sin discernimiento y las transmiten a la ligera». «Incluso más: libros y revistas se arrojan el papel de condenar o dar directrices, en materia pastoral y doctrinal, que pueden impresionar a clérigos y laicos».

Por eso monseñor Felin y monseñor Veuillot dicen que deben ellos «desautorizar públicamente a los autores de tales pasajes o artículos», y dan como razón que sólo incumbe esto a los obispos.

Y es que en Francia se ha llegado, en estas publicaciones, incluso a la crítica sistemática de las reformas conciliares», porque no quieren aceptar la renovación que Juan XXIII y Pablo VI han emprendido. El diálogo legítimo de fieles entre sí, se ha sustituido por el ataque sin consideración; y es preciso que en nuestro país no caigamos en este gravísimo defecto.

Por eso quisiera, con mis contradictores, proceder en forma de diálogo; y si alguna vez no he acertado, vaya desde ahora mi formal propósito de hacerlo.

HE recibido una carta, de un ocasional lector, que me siento obligado a aclarar públicamente, para que no haya ningún malentendido respecto a lo que yo pretendo.

Creo que no es cierto el «avassallamiento» que han sentido sobre sí los orientales católicos, ejercido, según ellos, por la Iglesia latina. Yo en realidad no he hecho, sino repetir con palabra parecida lo que casi todos los patriarcas y obispos católicos orientales han dicho en el Concilio. Si ellos piensan así, son indudablemente testigos de excepción, y yo me siento obligado a creerlos, no incumpliendo por ello ningún precepto de prudencia, si lo comento favorablemente. Estos preladados representan a la Iglesia oriental, la cual tiene tanto derecho a ser escuchada, y a difundir sus ideas dentro de la única Iglesia católica, como la Iglesia latina. Porque no se mide por el número de importancia de ambas tradiciones eclesíásticas, sino por su antigüedad y su legitimidad, reconocidas por el Papa, y el Concilio en unión con él.

Refiriéndose a la teología, ritos y espiritualidad de Oriente, monseñor Slypij dijo el 16 de octubre de 1964 en el Concilio: «Esta vitalidad ha sido *somerida* a la latinidad, y esto después de la Reforma. Los que así hacen, o han hecho, *destruyen* no solamente las iglesias orientales, sino que perjudican a la Iglesia universal». Y el obispo de Tebas afirmó: «Reparese siempre la tendencia latina a *confundir* la Iglesia universal con la Iglesia de Occidente».

Me gustaría poder transcribir textualmente la intervención de uno de los obispos-vicarios del patriarca Máximos IV, que expuso lo que ocurrió en tiempo de las Cruzadas en Oriente: en ella se ve el error que movió a los cruzados de querer latinizar el Oriente cristiano, sin respetar las tradiciones orientales. ¿No fue eso un «avassallamiento» ejercido por parte de la latinidad? Al menos los orientales lo creen así, porque los términos «sometimientos», «destrucción» y «confusión», no son sino equivalentes del usado por mí.

PTRO punto es el de la salvación de los no-católicos. Parece como si hablar de ello fuese imprudente. Cuando más, parece que no lo sería si se afirma inmediatamente que ha de resultar «difícilísimo» que se salve uno que no es católico, aunque esté de buena fe en su error.

Pero, en cambio, en el Catecismo menor de San Pio X, escrito **SIGUE**

Nutrir!!

es lo importante para su BELLEZA



LANCASTER

Recomienda

<p>CRÈME TISSULAIRE</p> <p>cutis deshidratados y delicados</p>	<p>CRÈME EMBRYONNAIRE</p> <p>cutis marchitos</p>	<p>CRÈME À L'ORANGE</p> <p>cutis grasos</p>	<p>CRÈME NOURRISSANTE</p> <p>cutis normales y secos</p>
---	---	--	--

ARRÊTE LA MARCHÉ DU TEMPS

El secreto de una buena cocinasus manos y MAIZENA



CON MAIZENA LOS CANAPES Y DEMAS APERITIVOS RESULTAN MAS FINOS Y DELICIOSOS

MAIZENA, producto natural y puro, proporciona a todos los platos una ligereza y suavidad incomparables y les conserva su propio aroma y sabor.

Al mismo tiempo los hace más nutritivos, fáciles de digerir y se preparan más rápidamente.

**cocinar con MAIZENA
es cocinar con ventaja**

TARTELETAS DE QUESO

Ingredientes para el relleno.-1 cucharada rasa de MAIZENA
2 huevos - 100 grs. de queso rallado - 2 dl. de leche - 1 dl. de nata líquida
sal - nuez moscada y páprika.

Preparación.- Se cuece la leche y se incorpora la MAIZENA previamente disuelta en un poco de leche fría. Se deja hervir durante varios minutos sin dejar de remover. Se retira del fuego y se incorpora la nata, la sal, la nuez moscada, la páprika, los huevos y el queso, se remueve un momento y se rellenan las tartalelas que se ponen a horno moderado hasta que se doran.



para los niños (y que está en vigor en la diócesis de Roma, y lo estuvo en algunas españolas hasta hace poco), leo lo siguiente: «El que se halle fuera (de la Iglesia) sin culpa propia y viva bien, puede salvarse con el amor de caridad que le une a Dios». Y para nada dice que esto sea fácil o difícil. Aquí no se habla de la sola ley natural —como hace mi comunicante, incurriendo en mi opinión en el error pelagiano—, sino del amor que le une a Dios. No dice el Papa si serán pocos o muchos, porque esto es una cosa que queda al juicio de Dios, y no a las apresuradas afirmaciones de los hombres. Por eso mismo Pío IX, el 9 de diciembre de 1854, hablando de los que estaban de buena fe fuera de la Iglesia, por ignorancia de la obligación de pertenecer a ella, dice: «¿Quién tendrá la presunción de fijar los límites de esta ignorancia?». No cerremos, por tanto, las puertas con nuestros criterios estrechos, sino hablemos de lo que ciertamente sabemos; y en lo otro seamos misericordiosos, como lo es nuestro Padre celestial.

DICE también mi interlocutor que la doctrina tradicional afirma que la obediencia debe ser ciega. Y dice que no encuentra otra cosa en la Suma Teológica de Santo Tomás.

A esto puedo replicar varias cosas: primero, que Santo Tomás escribió otras muchas obras, además de la Suma Teológica. Y precisamente en el tratado *De Veritate* es donde habló más de ello. Allí afirma que «el súbdito no está autorizado a juzgar del precepto del prelado; pero si de si ha de cumplir el precepto, que es cosa personal suya». Y continúa con una doctrina diametralmente opuesta a la ciega obediencia, al señalar que «cada uno tiene obligación de examinar sus actos conforme a la ciencia recibida por él de Dios; y añade, para terminar, un criterio decisivo alegando: «Pues todo hombre debe guiarse por su razón». ¿Qué quiere esto decir, sino que debe pasar todo precepto por el tamiz de la propia conciencia? Por eso mismo dice el cardenal Journet que «Santo Tomás repudia la obediencia perversa, «indiscreta», que se presta a obedecer en las cosas que no son lícitas moralmente». Y, ¿cómo vamos a saber si lo que se nos manda es inmoral, si la obediencia fuese ciega?

El profesor de la Universidad Pontificia de los dominicos en Roma, padre Lumbreras, O. P., señala que según Santo Tomás «para obedecer, al súbdito tiene que constarle, primero, que quien manda es superior suyo; y, segundo, que lo mandado está en sus atribuciones». ¿Es esta obediencia ciega? La obediencia tiene que ser prudente, según la doctrina del Santo, y para ser prudente tiene que ser luminosa y no otra cosa.

San Ignacio, al enseñar la obediencia de juicio como la perfección última en el obedecer, pone dos condiciones: 1) «En cuanto la devota voluntad puede inclinarse al entendimiento, cosa que no es posible nada más que cuando lo que se le presenta con certeza al entendimiento, coincide con lo mandado, porque el entendimiento sólo «da su asenso a lo que se le representa como verdadero»; y 2) Que si vemos la cosa mandada de manera claramente diferente al superior, y, bien pensado, creemos que es conveniente decirselo, no creamos que este diálogo con quien manda «que no lo podrás hacer». Por eso un jesuita, el arzobispo Roberto, dice que la obediencia que pedía San Ignacio no era sino la «obediencia inteligente».

Y San Benito —según el santo religioso dom Columba Marmion— no opinaba de manera distinta respecto a esta virtud. Como hizo Juan XXIII en su encíclica «Pacem in terris» al decir que la autoridad es «la facultad de mandar según razones».

¿Dónde está, entonces, la tradicional doctrina de la obediencia ciega? Esa expresión desgraciada, o ha estado en boca de algunos autores pladados que hablaban con poca precisión teológica, o ha sido empujada dándole sentido correcto, pues cuando la han explicado, lo han hecho siempre de acuerdo con Santo Tomás.

¿Es esto ir contra la obediencia? Al contrario, es darle su más sólida base, que es la conciencia moral, y recordar a todos el esfuerzo que debemos hacer por comprender a los superiores que nos mandan, haciéndolos a ellos mismos más responsables y cautos en cuanto ordenan, porque su fuerza ha de ser la razón y no la arbitrariedad.

Aclaro con ello mi pensamiento; y respeto a quien piense en la Iglesia de otra manera, aunque a mí me parezca equivocada. Y mantendré mi opinión, que me parece la más tradicional, mientras el magisterio oficial de la Iglesia no diga otra cosa, en forma clara y obligatoria.

Yo soy devoto discípulo de Chesterton, el pensador católico inglés que siempre veía paradojas en el catolicismo. Y creo sinceramente que no hay religión que haya sabido, como ella, concordar cosas tan difíciles de unir como la libertad y la obediencia, el individualismo y la solidaridad, la unidad y la diversidad, la luminosidad y el misterio. Por eso no es extraño, ni nadie debe rasgarse las vestiduras por ello, que encontremos distintos enfoques de la infinita riqueza de nuestra única fe: su misma complejidad hace que todos podamos revalorizar algún aspecto olvidado por otros católicos, siempre que conservemos el núcleo permanente y esencial. Yo me creo en la obligación de subrayar los aspectos de independencia sana, libertad legítima y prudente ejercicio de la razón individual, que proclama nuestra Iglesia. Otros, en cambio, prefieren subrayar otros aspectos. ¡Enhorabuena!; pero sin olvidar que durante mucho tiempo hemos insistido, en mi opinión, demasiado en lo que ata, y no en lo que nos hace libres. Por eso creo conveniente hablar de ello «oportuna e importunamente», como decía San Pablo que debía predicarse la verdad olvidada o desconocida.

ENRIQUE MIRET MAGDALENA



CASTILLO DE DROMOLAND

IRLANDA: CASTILLOS DE AYER, HOTELES DE HOY

El castillo de Dromoland, a 14 kilómetros solamente del aeropuerto de Shannon; a seis horas de Nueva York en "jet" y a una hora del Continente, se ha convertido, gracias a una experta reconstrucción, en un maravilloso hotel, que conserva el primitivo encanto romántico del castillo, dotándolo al mismo tiempo de todo lujo y confort modernos. Entre los muchos atractivos con que cuenta este magnífico hotel, hay que destacar su excelente cocina, en la que se preparan deliciosamente los más exquisitos platos típicos del país.

A orillas del Lough Corrib se alza el castillo Ashford, célebre por su espléndida arquitectura y situado en uno de los parajes más bonitos de Irlanda.

Este castillo, construido hace más de un siglo, fue adquirido en 1939 por sus actuales propietarios, que lo amueblaron y acondicionaron como hotel, conservando totalmente el ambiente de paz y de serenidad que caracterizaba a la antigua mansión.

UNA FIBRA BRITANICA REALIZA LA MAS IMPORTANTE INVERSION DE CAPITAL EXTRANJERO REGISTRADA EN LA INDUSTRIA TEXTIL ESPAÑOLA

La sociedad británica Burberrys Ltd. acaba de llevar a cabo la más importante inversión de capital con destino a la industria textil registrada hasta la fecha en nuestro país. Dicha inversión ha servido para la constitución de una empresa filial española en sociedad con la compañía nacional Comercial Ebro, S. A., cuya factoría quedará radicada en Mataró (Barcelona) y cuya finalidad industrial será la confección de prendas de vestir de alta calidad.